

y enriquecidos entónces con vuestros beneficios, nos presentaremos llenos de confianza delante de un Dios, zeloso á la verdad de su gloria, pero ansioso de nuestra salvacion eterna. Nuestras débiles virtudes unidas á vuestros méritos serán de un precio infinito á sus ojos, y las riquezas de misericordia que nos distribuireis en el tiempo, nos merecerán una gloria por toda una eternidad. Así sea.

## DOMINGO XXIII.

INSTRUCCION  
DESPUES

## DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS PHILIPENSES.

cap. 3. v. 17. 21.

*Hermanos: Sed imitadores míos, y no perdais de vista á los que así andan, segun que teneis nuestro exemplo. Porque muchos andan, de quienes otras veces os decia, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la Cruz de Christo. Cuyo fin es la perdicion: cuyo Dios es el vientre: y su gloria es para confusion de ellos, que gustan solo de lo terreno. Mas nuestra morada está en los cielos: de donde tambien esperamos al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo, el qual reforma-*

TOM. VI.

T

*rá nuestro cuerpo, abatido para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.*

### INSTRUCCION.

**E**n la Epístola de este día nos hace el Apóstol una pintura muy viva y enérgica de la mayor parte de los Christianos, y proponiéndose por modelo á los fieles de Filipos, les describe con toda exáctitud los enemigos de la cruz de Jesu-Christo. Por tanto debemos estudiar, segun el consejo que hoy nos da, los peligros que corren los que no saben respetar ni á Jesu-Christo, ni á su moral; que no temen ni á sus amenazas, ni á sus castigos; que viven á placer de sus deseos y pasiones, y que no esperan despues de esta vida ni consuelo ni recompensa; pero despues de habernos inspirado un santo y saludable temor describiéndonos estos peligros, nos animará con la esperanza que presenta la fé al Christiano fiel. Para conocer pues en toda su extension estas verdades preciosas, es indispensable manifestar

la mayor adhesion á la fé, y separarse de esa turba de hombres, que dudando de la vida futura, porque su interes lo pide así, se trastornan sin embargo al oír los castigos que los amenazan, porque estan demasiado ciertos de merecerlos. Pero hablo á Christianos humildes que conocen todo el valor del dogma de la inmortalidad, y que por lo mismo son incapaces de la menor duda sobre esta verdad importante. Oxalá que todos los que creen, arreglen su conducta con su creencia. Este es el fin á que se dirige nuestra Epístola: prestadme atencion.

Hermanos: sed imitadores míos, y no perdáis de vista á los que así andan, segun que teneis nuestro exemplo. Este es un lenguaje muy propio del ministerio que exercia el Apóstol. Hay muchas circunstancias en que no es fácil ofrecerse por exemplo á otros, sin nota de presuncion y de orgullo; pero en general todos aquellos que estan encargados de edificar y de instruir á sus hermanos, pueden y deben autorizar sus lecciones con sus exemplos, porque los superiores en qualquiera linea que no pueden decir á sus inferior-

res, sed imitadores míos, degradan la autoridad que Dios les ha confiado, y deben considerarse por este solo hecho como prevaricadores de la ley. ¡Terrible obligación, para los Ministros del altar, para los padres, y para todos los que tienen algun grado de preeminencia! El Espíritu Santo dice que se hará un juicio durísimo sobre todos los superiores, porque debiendo con sus acciones y palabras dar un buen exemplo, y moderar la conducta de sus inferiores, son una piedra de escándalo, y causa muy inmediata de gravísimos pecados; pero esta obligación habla principalmente con los que Jesu-Christo ha establecido para Ministros suyos. En efecto ellos, como el Apóstol, deben contrabalancear en alguna manera, con santos deseos, y con obras santas, ese torrente de iniquidades y de escándalos, que lleva tras de sí al rebaño de Jesu-Christo. ¡Oxalá que todos los Sacerdotes y los demas Ministros del altar anunciasen siempre con una vida uniforme, simple y santa, que estan persuadidos de las verdades eternas! ¡Oxalá que probasen con la práctica de las buenas obras que temen una

vida futura, y que esperasen las recompensas prometidas, ya que trabajan y sacrifican su reposo, y las satisfacciones de la vida para merecerlas! A vosotros, cooperadores míos en el terrible ministerio que me ha confiado la Providencia, dirixo principalmente esta verdad, seguro de vuestra fidelidad para practicarla: considerad que una santa emulacion para obrar el bien, será siempre la instruccion mas útil que podemos dar á este pueblo, y que nuestras exhortaciones surtirán efectos mas abundantes y ciertos quando no se nos pueda echar en cara ninguno de los vicios que reprehendemos á los fieles.

El Apóstol estaba bien satisfecho de su conducta, quando despues de haberse propuesto, por exemplo, dice: porque muchos andan, de quienes otras veces os decia, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Christo. No es esta una exágeracion, hermanos míos, en la boca del Apóstol, porque un corazon como el suyo debia ser sensible á los desórdenes que reynaban entre los primeros fieles, y llorar amargamente quando

olvidaban sus consejos y despreciaban sus instrucciones, y quando la cruz de Jesu-Christo era una materia de escándalo para aquellos mismos, que debían cifrar en ella sus consuelos y recursos.

Yo no tengo ni el zelo, ni la santidad, ni la extension de autoridad que el Apóstol; pero sin embargo no puedo ménos de deciros que me lleno de amargura quando considero la tranquilidad en que viven los pecadores, y el poco fruto que saco de mis discursos. ¿Pero me atreveria yo en esta materia á compararme con el Apóstol de las naciones? No, porque sin duda hay entre los dos una distancia casi infinita. El Apóstol solo contaba entre los fieles un cierto número, que era enemigo de la cruz de Jesu-Christo; pero yo entre tantos Christianos apenas encuentro quien respete á Jesu-Christo y sus misterios. El Apóstol lloraba porque muchos se condenaban; y ahora se atropellan los Christianos en el camino de la perdicion y de la muerte, y se precipitan como ciegos en el abismo que forma la iniquidad. El Apóstol, entre la mu-

chedumbre de fieles fervorosos que componian la Iglesia naciente, y que seguian la moral estrecha del Evangelio, se desconsolaba al ver que algunos hacian su Dios de su vientre, y se entregaban á una vergonzosa sensualidad; y ahora no merece apenas el nombre de pecado la pasion dominante de lisongear y satisfacer el apetito. Ya no se conocen los excesos en esta materia, y falta poco para que se preconice esta pasion como la más necesaria y útil en la sociedad para conservar la vida. El Apóstol lloraba, porque algunos hacian consistir su gloria en las cosas que más bien debian servir para su confusion; y ahora no solo se glorian los Christianos de los pecados que cometen; sino que se avergüenzan de practicar las virtudes, y censuran á los virtuosos. En fin, el Apóstol lloraba sobre los que gustaban solo de las cosas terrenas; pero á lo ménos tenia la satisfaccion de que el mayor número le escuchaba con gusto, quando le hablaba de renunciar á los objetos sensibles, para poder elevar sus pensamientos á los cielos. ¿Por ventura nos escuchais quando os hablamos de la vanidad de

los bienes de este mundo, y de vuestros derechos á la patria celestial? No se reciben estas verdades con indiferencia, quando se comparan con los objetos mas frívolos? Convenid por tanto en que si las lágrimas del Apóstol eran el efecto de su zelo por la salvacion de las almas, los Ministros del Santuario deben llenarse de la amargura mas sensible en este siglo, al ver como se multiplican los enemigos de la cruz en todos los estados. El Dios que se dignó para nuestra santificacion venir al mundo, y padecer tantos tormentos, es ahora el objeto de las burlas de muchos pecadores, que blasfeman de sus misterios y de su Evangelio, porque temen la severidad de su moral. Sí, nosotros somos, á nuestro pesar, los testigos de sus impios discursos. Quando por casualidad nos hallamos en sus juntas, nos insultan con preguntas ridículas, se moñan de las cosas mas sagradas de la religion, nos hacen mil objeciones que ya estan rebatidas por todos los Apologistas de la religion, nos citan imprudentemente varios pasages de la Divina Escritura sin haberla saludado, y los interpretan y comentan á su antojo,

guiados por el espíritu de incredulidad. Si para defender las verdades establecemos los principios sólidos de la religion y de la fé, aunque nuestras razones sean incontestables, no podemos conseguir sin embargo que lleguen á convencerse, porque tienen interes en no creer. Si valiéndonos de la prudencia, guardamos silencio, su orgullo en este caso lo atribuye á la superioridad de su genio, y lo mira como una prueba de la inferioridad de nuestros misterios, comparados con sus sofismas. Hermanos míos, es necesario conocer semejantes hombres para combatirlos: estos son los que yo llamo enemigos de la cruz de Jesu-Christo, porque lo son de todos los dogmas que ha venido á establecer con la efusion de su sangre. Ved en ellos una perfecta semejanza con la pintura que nos hace el Apóstol San Pablo; y si queréis convencerlos, exâminad conmigo el retrato de un incrédulo de nuestros días, y aprenderéis á conocerle, á despreciarle y huirle.

El enemigo de la cruz no conoce ni la virtud, ni las obligaciones que este misterio nos impone. Esta señal ex-

298 *Domingo XXIII.*  
terior de nuestra religion es para él una materia de risa y de mofa, principalmente quando ve que las personas piadosas usan de ella en sus aflicciones y trabajos, para ahuyentar por este medio á Satanás, enemigo cruel de los hijos de la cruz. Pero la condenacion, hermanos mios, es el fin de estos incrédulos, ¿Quién podrá dudarlo? Ni ellos mismos lo dudan, porque corren á grandes pasos ácia su fin, y se honran al ver su semejanza con las bestias, y su identidad con la materia: su suerte para ellos es la misma, y sacudiendo el dogma de la inmortalidad del alma, como un yugo demasiado importuno, se complacen al verse confundidos en la destruccion universal, y privados á este precio de la vista de su Dios. ¿Qué digo de su Dios? ¿Acaso el incrédulo le conoce? No, porque su Dios es su vientre. En efecto, ¿en dónde estos espíritus fuertes, estos hombres de sistemas, estos incrédulos, estos blasfemos de profesion, en dónde, digo, ostentan mejor sus grandes talentos que en las mesas opulentas? Aquí despliegan toda su eloqüencia: aquí contravierten los misterios mas elevados: aquí

*despues de Pentecostes.* 299  
los satirizan, y se mofan: aquí hacen consistir su gloria en aquellos pecados que los cubren de vergüenza y de confusion: aquí refieren entre sí sus escándalos, sus blasfemias y sus triunfos sobre la virtud, y la fé como otros tantos trofeos consagrados á su honor. A este precio se atribuyen muchas veces una reputacion de luces, y de gran genio; y si Dios les ha concedido facilidad y talentos, no hacen uso de ellos sino para echar por tierra, si estuviese en su mano, la religion de Jesu-Christo, empezando desde sus mismos fundamentos. Ocupados así en estos sistemas, ¿pueden por ventura pensar en la otra vida? ¿Sus miras no se dirigen á pasar sus dias en una peligrosa seguridad? ¿Gustan de otra cosa que de los placeres de los sentidos, y de las ventajas de la vida presente? Toda su filosofia, quando quieren hablar de la moral, ¿no se reduce á los grandes y pomposos términos de humanidad, de beneficencia, de sociedad y de patriotismo? ¿No son estos sus dogmas, no es este su Evangelio? Los que observan estas leyes, ¿no merecen sus elogios? Ignorando que la

religion inspira estas virtudes con mas fuerza y energía que sus principios, ¿no acusan sin exámen, á qualquiera que no piensa como ellos, de intolerancia, de fanatismo, de dureza; no le acusan, digo, de un caracter de indiferencia en las desgracias públicas, y de injusto con los ciudadanos de una misma ciudad, ó de un mismo barrio? Esta es la pintura de los incrédulos de nuestros días, en la qual los he copiado, segun el conocimiento que me ha dado la experiencia; á fin de que podais conocerlos, precaver sus exemplos y sus discursos, y afirmaros en las disposiciones que os quiere inspirar el Apóstol por las palabras siguientes: mas nnestra morada está en los cielos: de donde tambien esperamos al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo. Sí, hermanos míos, en los cielos: renovad conmigo en este momento este acto de creencia. Yo creo firmemente que mi alma ha de sobrevivir á mi cuerpo, y que si ha sido justa, santa y fiel á las leyes de su Dios, encontrará en él su paz y su felicidad. En este dogma se funda toda mi esperanza, y miéntras que las ligaduras de mi

mortalidad me retienen todavia en el lugar del destierro, mi alma, que no puede tener fin en sus deseos, se transporta á la mansion de su reposo, y vive en alguna manera con su Dios, conversa con él por la oracion, y recibe por la efusion de su gracia los mas dulces y mas amables consuelos. Quando la fé me anima, vivo, y vivo con Dios en el cielo, y estos vinculos de mortalidad, que me tienen aprisionado en la tierra, no me espantan ni me asustan, si espero con el Apóstol al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo, que cambiará el estado vil y despreciable de nuestro cuerpo en otro estado que tendrá semejanza con su cuerpo glorioso. ¡Infeliz de mí si abrazo las ideas deshonorosas y abatidas que acerca de la humanidad me da el incrédulo! Infeliz de mí, repito, si me atrevo á creer que este cuerpo, siendo de la misma condicion que el del bruto, no tiene otro fin que la corrupcion, ni otro patrimonio que los gusanos. ¿De qué le hubiera servido estar unido á un alma capaz de conocer, de sentir, y de amar; á un alma rescatada al precio de la sangre de un Dios? ¡Qué, Jesu-Christo

to se hubiera dignado sujetarse á todas las miserias de este cuerpo, y no me hubiera adquirido el derecho de participar de todos los privilegios de su cuerpo glorioso! Infeliz de mí, repito otra vez, si dudo de un dogma de tanto consuelo para mí, y tan propio para reformar mis costumbres; pero mas infeliz todavía qualquiera que se atreva á debilitar ó despreciar este dogma de la resurreccion futura, porque por esto solo se manifiesta indigno de participar de esta resurreccion gloriosa.

Concluyamos pues con el Apóstol, diciendo: que nuestra morada está en los cielos: estrechemos y apretemos los vínculos que nos unen meditando los principios y los fundamentos de nuestra fé: probemos este amor con nuestra fidelidad para servirle: temamos todo aquello que puede debilitar esta fidelidad, porque los naufragios en la fé casi siempre son la consecuencia de los que se han hecho en la virtud. Pero por desgracia escuchamos la voz de las pasiones, seguimos los apetitos y los deseos, y cerramos el oido á las inspiraciones de la gracia, y los ojos á las luces de la fé.

Vos sabeis, Dios mio, que los fundamentos de esta fé no tienen solidez entre nosotros, y que las verdades se han debilitado entre los hijos de los hombres: apénas hay uno que conozca el verdadero bien, y le ponga por obra: todos hablan á su próximo, no para afirmarle en la creencia saludable de las verdades de la fé, sino para seducirle y moverle con razonamientos los mas vanos y especiosos: ellos han concebido la mentira en su corazon, y la propagan con sus palabras: vengad, Señor, vuestra causa: disipad esas lenguas engañosas, esas bocas mortíferas, que para propagar los grandes errores han adoptado grandes principios y brillantes expresiones: ellos piensan perpetuar su memoria transmitiendo sus sistemas; y como si su lengua no fuese un instrumento que les habeis confiado para vuestra gloria, se atreven á preguntar, qual es el Dios á quien han de bendecir.

Pero vos, Dios mio, habeis jurado que tendreis piedad del alma simple, que se halla expuesta á los tiros de estos malignos, y que se escandaliza de sus discursos: disipad, Señor,



todos sus sistemas depravados, y de esta suerte triunfará la verdad en el tiempo, y reynará con sus discípulos en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO;

cap. 9. v. 18. 26.

En aquellos días: Hablando Jesus con los discípulos de Juan, se llegó á él un Príncipe, y le adoró, diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesus, le fué siguiendo con sus discípulos. Y he aquí una muger, que padecía fluxo de sangre doce años habia, y llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido. Porque decia dentro de sí: Si tocaré tan solamente su vestido: seré sana. Y volviéndose Jesus, y viéndola, dixo: Tén confianza, hija, tu fê te ha sanado. Y quedó sana la muger desde aquella hora. Y quando vino Jesus á la casa de

despues de Pentecostes.

305  
aquel Príncipe, y vió los tañedores de flautas, y una tropa de gente, que hacia ruido, dixo: Retiraos: pues la muchacha no es muerta, sino que duerme. Y se movaban de él. Y quando fué echada fuera la gente, entró: y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

### INSTRUCCION.

¿Qué útil es, hermanos míos, estudiar las disposiciones de los que se dirigen á Jesu-Christo en los días de su vida mortal, y distinguir entre éstos los que le siguen estimulados de la fê, de la confianza y del amor, de aquellos que solo se mueven por su propio interes! Dos milagros reunidos en el mismo Evangelio van á darnos á conocer esta diferencia: uno y otro se solicitan igualmente por personas interesadas; pero ¡ay de mí! que disposiciones tan opuestas. Por tanto Jesu-Christo no procede en estos dos milagros estimulado

de un mismo fin. En casa del Príncipe de la Sinagoga entra para condenar la secreta desconfianza que penetraba su corazón, y si habla á la muger que toca sus vestidos, es para ensalzar su confianza y su fé. En estos dos exemplos aprendereis, hermanos míos, los abusos que debeis evitar quando venis á presentaros al Señor, y las reglas que debeis observar quando meditaís conseguir alguna gracia; por lo que, y para que podáis sacar de esta instruccion el fruto que contiene, implorad la gracia de nuestro Señor Jesu-Christo, y prestadme atencion.

Un Príncipe de la Sinagoga, esto es, un hombre, que segun su estado, debia conservar algunas preocupaciones contra Jesu-Christo, y cuyas disposiciones y testimonios de confianza hubieran debido ser sospechosos al Salvador, se pone hoy en su presencia. En otras ocasiones los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos se habian acercado á este Hombre Dios, ya para embarazarle con preguntas capciosas, y ambigüas; ya para desacreditarle, interpretando sinceramente sus palabras y sus acciones, y ya para consolidar su

crédito, debilitando el que Jesu-Christo se habia adquirido con tan justo título; pero hoy se presenta por la primera vez uno de ellos, para pedirle una gracia, que no podia conseguir de ningun otro. Por esta causa no viene con aquel ayre de desprecio y satisfaccion que afectaban estos hipócritas quando venian á tentarle; pero aunque con mucha ménos fé quizá que la mayor parte de los que siguen á Jesu-Christo, imita sus palabras, y postrado á sus pies le adora. Quando digo que se movia este hombre por miras de interes, y que su fé todavía estaba vacilante, procedo en todo conforme con la doctrina de los Padres; y en efecto, San Ambrosio considera que el milagro con que nuestro Salvador prepara el que solicita este Príncipe, no se dirige á otra cosa que á instruirle, y fixar la incertidumbre de su corazón. ¡Ah, si no tuviese tantos imitadores! Preguntad á muchos Christianos que unen la vida mas disipada, las costumbres mas sospechosas, y la conducta mas irregular con la freqüente asistencia al templo, con los ejercicios mas penosos de la religion, y con la mayor circunspeccion y mo-

destia; preguntadles, digo, por qué se violentan momentáneamente, quando por otra parte, léjos de mortificarse, procuran gozar de todos los pláceres; y os responderán, si hablan de buena fé y con ingenuidad, que importa mucho parecer humildes: qué es necesario contraer un mérito, y hacer del hipócrita á la vista de las personas que pueden contribuir á sus fortunas; y que estos pequeños engaños, quando á nadie perjudican, no son de modo alguno reprehensibles. De aquí, hermanos míos, provienen tantas obras hipócritas, tantas oraciones serviles, y tantas adoraciones mercenarias; pero si engañan á los hombres, ¿podrán acaso engañar á aquel Dios, que penetra los mas ocultos senos del corazon? Sigamos pues nuestro Evangelio, y encontraremos la respuesta de esta pregunta.

Esté Príncipe á la postura mas respetuosa y humilde junta las palabras mas expresivas para explicar el objeto de su dolor. Señor, le dice á Jesu-Christo, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Pero qué, una palabra de Jesu-Christo no será bastante poderosa

para mandar á la muerte? Su voluntad sola ¿no podrá restituir la vida á su hija? Será preciso que Jesu-Christo abandone todos los exercicios de su ministerio para ir á la casa de este hombre? El Centurion, sin duda ménos ilustrado, pedia mas que una palabra para la curacion de su hija? En efecto, bastaba su palabra; pero este xefe de la Sinagoga no habia conocido todo su poder. Jesu-Christo no obstante no reprehende en este momento su poca fé, sino que, como dice el Evangelio, le fué siguiendo con sus discipulos; y he aquí una muger que padecia fluxo de sangre doce años habia. Pecadores, si doce años de enfermedad no detienen á esta infeliz, no debeis tampoco desconfiar, quando considereis la gravedad de vuestras costumbres. Esta muger habia ya empleado todos los remedios humanos; pero por desgracia sin efecto. Solo Dios es el que podia curarla, y el que puede sanar tambien vuestros pecados; y por tanto si la sinceridad, la confianza y el amor os conducen á los pies de Jesu-Christo, jamas os levantareis sin utilidad y sin fruto: así esta muger llegándose por de-

trás tocó la orla de su vestido ; porque decia dentro de sí : si tocare tan solamente su vestido , seré sana : tanta era su fé. Quejaos ahora , hombres ciegos , de que la fé es tenebrosa , y que ofusca la razon en lugar de ilustrarla. ¿ No es la fé quien hace conocer á esta muger el estado peligroso de su enfermedad , y quien la dicta el único remedio que la queda ? ¿ No es ella quien la persuade de las disposiciones compasivas del Salvador ? Esta fé luminosa que traspasa los montes , y allana las mayores dificultades , ¿ no la dice que será sana tocando solamente su vestido ? Pero veamos cuál es la conducta de Jesu-Christo. El Evangelio dice , que volviéndose , y viéndola dixo : ten confianza , hija , tú fé te ha sanado , y quedó sana la muger desde aquella hora. ¡ Qué contraste tan maravilloso el de la timidez , y la fé de esta muger , con la bondad de nuestro Salvador ! Ella por una parte no se atreve á detenerle , ni á representarle su dolencia , y Jesu-Christo se para , la mira lleno de gozo , y la cura no solo su enfermedad corporal , sino tambien la de su alma.

Grande es , hermanos míos , el mérito de la fé , supuesto que á las veces nos excusa el trabajo de pedir ; pero la vuestra , sin duda , no es tan eficaz. Necesitais de oraciones , y aun estas por lo comun son estériles , porque carecen de fé. ¿ Es ella , por exemplo , la que preside este santo exercicio , quando recitais por pura costumbre , y con poca decencia ciertas fórmulas , en las quales el corazon no tiene parte alguna ? ¿ Es ella quien apoya vuestras súplicas , quando despues de haber estado muchas horas en la presencia de Dios , no podeis asegurar que su gloria haya sido el objeto de vuestros pensamientos ? En fin , ¿ es ella la que domina vuestro corazon , quando venis á postraros á los pies de Jesu-Christo en los dias que la Iglesia celebra la memoria de sus misterios.

Pero exâminemos la conducta de este Príncipe de la Sinagoga , y por ella vendreis tal vez en conocimiento de la vuestra. Veamos el contraste de la desconfianza de este hombre con la confianza humilde de esta muger , de que nos habla el Evangelio. Si él hubiera tenido algun tanto de fé , hubiera en-

contrado en la conducta de esta miserable la condenacion de sus disposiciones anteriores, y el remedio de su disposicion actual. ¿Qué, podia decirse á sí mismo, esta muger apenas hace una ligera insinuacion quando es oida! ¿Será necesario que el Salvador venga á mi casa para que mi hija resucite? No es éste, sin embargo, el lenguaje de este Príncipe: su fé no era bastante viva para persuadirle del poder de Jesu-Christo; y por tanto siguiendo el uso de los Judios, habia traido á su casa los tañedores de flautas, y una tropa de gente que hacia ruido, para mitigar en parte su dolor; pero nada era capaz de aliviarlo, y sus lágrimas no se interrumpian. Ved, mis hermanos, la insuficiencia de los consuelos de los hombres en los varios accidentes de la vida, y considerad tambien el espíritu que anima á la mayor parte de los Christianos. En aquellos lances y acontecimientos tristes que nos sobrevienen, son sin duda necesarios los consuelos; pero si los amigos nos dicen que debemos recurrir á Jesu-Christo, llamar la religion en nuestro socorro, deponer á los pies de la cruz del Salvador

nuestras inquietudes, y depositar nuestros cuidados en el seno de una Providencia que vela siempre sobre nosotros, los despreciamos, y abandonamos sus consejos. Entónces ya nos hablan de otra manera, procuran distraernos de los obietos funestos que nos asaltan, multiplican las visitas, nos sacan de casa, nos llevan á disfrutar de todos los placeres; y para acabar de amortiguar y ensordecen el dolor, se valen de la música, y de la loca alegría de los espectáculos. ¿Pero por ventura se consigue el efecto? No, Christianos, al contrario: estas multiplicadas distracciones dan mayor fuerza á los sentimientos, y pasamos una vida llena de amargura y de lágrimas. ¿Pero no habremos de hallar un remedio para estos males? Vedle pues en el cuidado que Jesu-Christo tiene de hacer retirar la tropa de gente que hacia ruido. Si, hermanos míos, ninguna cosa aviva mas el dolor y la afliccion que las distracciones que se nos procuran en estos casos; y así quando el alma se ve agitada de males tan poderosos, es indispensable recurrir á la religion, y á Jesu-Christo. Este Señor sin duda podrá reformar nues-

tras ideas, desengañándonos de los falsos encantos que nos seducen. Apartad pues de vuestro lado esa tropa de amigos impotentes, y esos consoladores mercenarios, y entónces oíreis decir á Jesu-Christo: la muchacha no es muerta, sino que vive. En efecto, si la muerte de un esposo, de un hijo, de un amigo os entristece, os dirá que no perdeís estos dulces objetos, porque los debeis encontrar en Dios: si resentidos de un agravio, os preparais para la venganza, os dirá que vuestro honor está seguro, y que Dios se ha reservado el derecho de vengaros un dia: si los varios accidentes de la fortuna os reducen al estado de pobreza y de mendicidad, os dirá que no murmureis, porque Dios tiene tesoros en la eternidad mucho mas abundantes para sus amigos. Este pues será el language de Jesu-Christo, pero la tropa de gente que nos refiere el Evangelio, ofendida de que desaprobase su conducta, y convencida de que la hija del Príncipe estaba muerta, le escuchaban con desprecio, y se mofaban de él. Esta es la suerte de muchos Christianos en un siglo, en que la virtud parece que ha perdido

todos sus derechos. En efecto, si algunas almas timoratas huyen de la mentira y de la injusticia; si manifiestan toda su indignacion al oír las calumnias del próximo; y si generalmente procuran evitar y detestar los escándalos: estos malignos procuran desconcertar su virtud con sátiras mordaces, y no excusan las burlas y la mofa, para reducirlos al silencio y confundirlos. Terrible tentacion para una alma débil y temerosa: funesto escollo que causa muchas veces la perdicion de los corazones mas simples y mas fieles. Yo quisiera, hermanos míos, que quando los respetos humanos os impiden hacer el bien ú oponeros al mal, atendieseis la conducta que observa hoy Jesu-Christo con esas gentes que se mofan, y se burlan de su santidad. Ocupado todo en el objeto que le trae á la casa de este Príncipe, espera que cese el ruido, y que salga la tropa de gente para enseñarnos que Dios no dispensa sus consuelos, quando nos hallamos entre la tropa tumultuosa de los vicios, y que la salvacion no se obra con eficacia en estas circunstancias. Este es el obstáculo de la mayor parte de las conversio-

nes. No basta, no, pedir á Jesu-Christo que visite la casa de nuestro corazon con su gracia: no basta suspirar por su presencia, y exponerle el estado de muerte á que está reducida esta alma, que miraba el Profeta como el único objeto de su atencion; sino que es preciso que la multitud sea echada fuera: es decir, esos tumultuosos pensamientos que ocupan el espíritu: esos vivos deseos que llevan tras de sí el corazon, y esas ocasiones peligrosas que seducen los sentidos. Si dexais que subsistan todas estas tentaciones, los proyectos de conversion mas bien concertados serán infructuosos y estériles; pero si echais afuera todos estos obstáculos, los menores deseos sostenidos por la gracia, fructificarán con abundancia prodigiosa. Jesu-Christo no dexará de presidir estos primeros pasos de conversion; pero escuchad, pecadores, para vuestro consuelo, lo que hace para resucitar un alma que está muerta por el pecado en el milagro que obra con la hija de este Príncipe: y quando fué echada fuera la gente, entró; y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

Confesémoslo, Christianos; si la Iglesia se penetra de dolor al ver que son tan raras las conversiones sinceras, y durables, Dios por otra parte no dexa de consolarla con el efecto que producen las verdaderas conversiones. Así es que quando los grandes pecadores empiezan á corresponder á la gracia de Jesu-Christo; quando los consterna el temor de sus juicios; quando la vista de sus desórdenes turba la tranquilidad de su espíritu; quando los objetos de su pasion les entristecen y llenan de amargura, entónces renueva ella sus esperanzas, y se consuela; pero quando este pecador sabe conservar la gracia que ha adquirido; quando Jesu-Christo le toma por la mano, y le conduce por caminos nuevos; quando le separa de las ocasiones del pecado; quando le sostiene en las resoluciones que le ha inspirado su gracia; entónces la Iglesia aumenta su gozo; y el pecador por su parte adelanta en la conversion; pero todavía queda un paso que dar para que ésta sea perfecta. Es preciso que Jesu-Christo disipe del todo el sueño que le oprime, es decir, esa indiferencia que tiene ácia el

bien: es preciso que levante su corazón agoviado baxo el peso de las costumbres y de las pasiones, y que le haga estar vigilante y atento contra las tentaciones y los escollos que le cercan; pero como una mudanza tan pronta y tan sólida no puede ser insensible, es indispensable que la conversion se llegue á divulgar entre todos, y que entónces edifiquen tanto como han escandalizado con los pecados y los desórdenes. Un pecador que se ha hecho conocer por sus escándalos, por sus rapiñas, por sus injusticias y excesos, no debe contentarse con parecer en el interior de su casa mas sóbrio, mas casto y arreglado, sino que debe esparcir el buen olor de la virtud por todas las partes donde ántes corría la infección del crimen. Esta es una de las primeras obligaciones de un alma convertida; pero aunque ella por sí es tan dificultosa, no debeis por eso desalentaros. Jesu-Christo nos viene hoy á enseñar con el milagro de nuestro Evangelio que se ha reservado en la obra de nuestra conversion la parte mas difícil y penosa. Oír su voz, y corresponder á ella: conocer la propia miseria, y repre-

sentársela al Señor: sentir la propia flaqueza, y solicitar la fuerza que se necesita para robustecerse; he aquí lo que corresponde á los verdaderos penitentes.

Vuestra Iglesia, Dios mio, se aflige mucho mas quando considera la falsa penitencia de alguno de sus hijos, que por la dureza del mayor número de pecadores: haced, Señor, que nosotros no aumentemos su sentimiento. Inspiradnos los deseos de salvacion: dadnos vuestros auxilios para que llevemos dignos frutos de penitencia; y si estamos muertos por el pecado, resucitadnos por la gracia á la vida, para que gocemos de la gloria eterna. Así sea.